

MEDITACIÓN del día  
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Miércoles 17/7

Lc 24, 25-27: *Jesús les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras.*

Comentario

Jesús invita a los discípulos de Emaús a leer con él su historia -esa historia que aparentemente terminó en el fracaso, en la cruz- dentro de un cuadro más amplio. Nosotros somos pequeños y nuestras vidas cortas, pero hay un infinito y un eterno que las contiene y les da un significado especial e indeleble.

Jesús explica a los dos discípulos de Emaús que la derrota, la pérdida, el trauma, la muerte son inevitables, pero que no destruyen nada definitivamente. Existen, por desgracia, y tenemos que lidiar con ellas cada día, pero no tienen la última palabra, la verdad de las cosas no reside en ellas.

Nos hieren, nos derriban, nos postran, pero no pueden destruir la promesa de amor, de luz, de verdad, de vida que Dios vino a darnos.

Hay personas que prefieren aferrarse a su dolor antes que correr el riesgo de volver a tener esperanza.

Hay veces que preferimos anestesiarnos nuestro corazón y no sentir nada más, antes que correr el riesgo de ser heridos nuevamente por la vida.

Habíamos soñado con el amor, con un matrimonio perfecto, con un hijo perfecto, con un trabajo gratificante, con una vida plena, y la vida nos traicionó, el sueño se rompió, estalló como una pompa de jabón.

Habíamos soñado con un mundo nuevo, en muchos momentos lo habíamos soñado, y habíamos trabajado para construirlo en el taller del sueño de paz y justicia -el sueño de Dios-, pero todo se derrumbó y aquel largo y arduo trabajo nos parece completamente inútil.

Así que volvemos a cultivar el pequeño campo de casa, nos encerramos allí, en ese recinto, solos, y no queremos ver más allá.

Nuestros ojos están a veces tan empañados de tristeza que no reconocemos a Jesús, no oímos su voz, no lo vemos dentro de nuestros días.

La vida nos ofrece signos: gestos de amigos, palabras, encuentros, pequeños hechos que podrían abrirnos rendijas de luz, pero no los captamos, no queremos captarlos porque nos hemos casados con nuestro dolor, con nuestra tristeza, con nuestro resentimiento.

Jesús explicando las Escrituras a lo largo del camino "es una llamada al despertar, es un arrancarse las vendas de los ojos, un derribar los inútiles dispositivos de protección.

Tuvo que llamar "necios" a los discípulos para que vieran.

¿Y cuál es el reto? Confiar. Confiar en el esquema más amplio de las cosas, ir más allá de los sufrimientos del momento, verlos como parte de un proceso de curación mucho mayor" (Nouwen).

"Que las cosas se desmoronen es una especie de prueba y también de cura. Creemos que se trata de superar la prueba o de superar el problema, pero la verdad es que las cosas no se resuelven realmente. Se reúnen y luego se deshacen. Luego se reúnen de nuevo y vuelven a deshacerse. Así es como funciona.

La cura llega cuando dejas espacio para que suceda: espacio para el dolor, el alivio, el sufrimiento, la alegría.

Cuando hay una gran decepción, no sabemos si será el final de la historia. También puede ser el comienzo de una gran aventura" (Chödrön).

La alegría que otorga la fe se adapta y transforma en las distintas etapas de la vida. Incluso en las dificultades más graves, "poco a poco, hay que dejar que la alegría de la fe comience a despertar, como una secreta pero firme confianza.

Permanece siempre al menos como un destello de luz que nace de la certeza personal de ser infinitamente amado, más allá de todo" (Francisco, EG, 6).

Jesús hace esto por nosotros, nos hace sentir amados. Y cuando nos sentimos amados, descubrimos cuánta belleza se esconde en una vida de servicio amoroso a los demás. Jesús abre de par en par las ventanas y respiramos aire puro.

La gran inteligencia pedagógica de Jesús consiste en ayudarnos con sus preguntas y con su vida, que cumple las Escrituras, a abrir las ventanas de nuestra mente y a someter a constante revisión nuestra manera de ver la vida y de reaccionar ante el mundo. En otras palabras, nos enseña la verdadera sabiduría.

Jesús es un maestro de la existencia. Jesús, "maestro de la escuela de la existencia, no se preocupaba tanto de corregir los comportamientos exteriores cuanto de estimular a las personas a pensar y a ampliar su comprensión de los horizontes de la vida" (Cury).

Jesús explica la Palabra a los dos discípulos en el camino e ilumina a los dos caminantes, primero confundidos y ahora atentos. Y les invita a hacer memoria, a recordar.

Los dos de Emaús son como nosotros, personas inseguras, frágiles y dubitativas a las que Alguien había encendido el corazón. Y Jesús se lo recuerda.

Habían encontrado el amor en Él, alguien que sabía amarlos como nadie jamás podría hacerlo. Y ese Alguien no sólo los amaba y les hacía sentirse únicos, sino que había sido capaz de ensanchar sus corazones de un modo que nunca habían experimentado.

Al amarlos, les hizo como él, más capaces de amar, más libres de ir más allá, de salir de los estrechos confines de su pequeño yo.

Allí fuera habían experimentado una libertad desconocida, respirado una belleza asombrosa, vivido una alegría embriagadora.

Sus vidas se habían alimentado, sus corazones se habían llenado de esa paz de Dios que permanece incluso en medio de las espinas de la vida.

Tras los pasos de Jesús por las calles y caminos de Palestina, los discípulos se habían sentido liberados de las ataduras del miedo. Con sus palabras y sus obras, Jesús les había contagiado el



amor por todo lo que vive en este mundo, incluso por lo que les parecía repugnante, los enfermos, los descartados, los desviados, los moribundos.

Y les había hecho niños, les había enseñado a disfrutar de la belleza de una flor, del vuelo de un pájaro. Habían aprendido de él la alegría de las cosas sencillas, a encontrar el gusto en un sorbo de vino y un bocado de pan y a sentir que no necesitaban nada más.

Y cuando no había pan, incluso unos granos crudos de una espiga de trigo -recogidos de un campo y comidos sonriendo con él y sus amigos- bastaban para poder decir:

aquí ya está todo, no necesito nada más; aunque ahora muriera, sería feliz porque en esta libertad, en esta fraternidad, en este dar y recibir amor, en este alegrarse juntos por lo poco, aquí está la plenitud de la vida, y yo la he experimentado.

Jesús pide a los dos discípulos de Emaús que contemplen la dura realidad de la cruz con una mirada nueva. Al morir de aquella muerte, les había mostrado una vía: el camino de la entrega, del amor que ayuda a todos a realizarse plenamente.

Cuánto necesitamos de estas palabras del Evangelio cada día, ante nuestras pequeñas y grandes pérdidas y duelos, ante las grandes derrotas sociales y políticas: las guerras -barbaridades inhumanas que deberían estar desterradas de la faz de la tierra, pero que se siguen utilizando para dirimir conflictos-; el abuso de poder sobre los más débiles, el egoísmo masivo que busca privilegios y descarta a las personas como si fueran desechos...

Hoy el mundo parece a muchos a la deriva, un barco que pronto encallará y naufragará.

Demasiado odio, demasiadas injusticias, demasiada violencia, una desigualdad demasiado vergonzosa entre los gordos epulones y los consumidos Lázarus de los pueblos, demasiadas muertes inocentes en nuestros mares, en los desiertos, demasiada rabia contra la tierra, contra la madre tierra que nos nutre...

Hoy en día hay suficientes motivos para que todos nos sintamos como aquellos dos discípulos de Emaús.

Mis jóvenes alumnos me preguntan, con cara triste: ¿no hay futuro? Y yo me estremezco al oír a veinteañeros decir eso y pienso en Jesús: ¡sí, hay futuro!  
El futuro es él, ¡su promesa!

En la Eucaristía, la liturgia de la Palabra se nos ofrece como un don, para que nuestra memoria "rebose de las maravillas de Dios" (Francisco, EG 142).

Lo que dicen las Escrituras nos habla íntimamente, tiene que ver con nuestra vida de un modo muy profundo. En todo lo que vivimos, Jesús está con nosotros, por lo que incluso nuestra vida cotidiana es historia sagrada.

Formamos parte del gran río de la historia sagrada, el mismo río en el que navegaron las vidas de Moisés y los profetas, de María y José.

Nuestras historias son historia sagrada: las historias de Dios que camina con nosotros.

Si nos paramos a pensarlo, sentimos un gran asombro:



*Somos una página de la historia sagrada, las Escrituras están vivas, se están cumpliendo hoy en nuestras vidas.*

Intentad decirlo conmigo, todos juntos: *soy una página de la historia sagrada*, Dios la está escribiendo a través de nosotros, sus instrumentos.

Jesús vive y "esto es una garantía de que el bien puede abrirse camino en nuestras vidas y de que nuestros esfuerzos servirán para algo". Entonces podemos dejar de quejarnos y mirar hacia adelante, porque con Él siempre podemos mirar hacia adelante. Esta es la seguridad que tenemos" (Francisco, CV 127).

"El mal no tiene la última palabra" (Francisco, CV 126).

Es Jesús quien nos lo enseña. Él mismo experimentó de primera mano el dolor, el miedo, la sensación de abandono en la noche de Getsemaní y en la cruz. Lloró lágrimas y sudó sangre.

Pero "cuando caía la última hoja del invierno, cuando todo parecía perdido y sólo había lugar para el llanto y la desesperación, Cristo levantó la mirada y vio las flores de la primavera escondidas entre las ramas secas de la vida".

A diferencia de Cristo, nosotros abandonamos nuestras metas, planes y sueños a las primeras señales de dificultad. Deberíamos aprender de él a volver a levantar la mirada, a mirar más allá de las dificultades, los sufrimientos, las derrotas, las pérdidas, y a comprender que los inviernos más duros pueden ser el preludio de las primaveras más alegres" (Cury).

Más allá de lo visible, más allá de los hechos de mi vida y de las noticias que nos llegan de los telediarios, hay otro acontecer dentro de lo real y es mucho más profundo. Una filigrana de luz bajo el tejido de mis días y de la historia de la humanidad.

"Te recuerdo la buena noticia que se nos dio en la mañana de la Resurrección: que en todas las situaciones oscuras y dolorosas de las que hablamos hay una salida" (Francisco, CV, 104).

Y siempre que nos sintamos abatidos, desilusionados, recordemos que Dios es amor, repitamos "la primera verdad: *Dios te ama*". Si ya lo has oído, no importa, quiero recordártelo: *Dios te ama*. No lo dudes nunca, te pase lo que te pase en la vida. Sean cuales sean las circunstancias, eres infinitamente amado" (Francisco, CV, 112).

